

LETRAS

Letras

LETRONES

IDEOLOGÍAS

LO QUE LA GENTE NO ENTIENDE DE AYAAN HIRSI ALI

W.H. Auden, cuyo centenario se celebró en febrero, tenía una extraordinaria facilidad para evocar la desesperación, pero de tal forma que inspirara al mismo tiempo resistencia al fatalismo. Su poema más querido tal vez sea *1 de septiembre de 1939*, en el que ve caer a Europa en un abismo de oscuridad. Reflexionando sobre cómo llegó a suceder esta catástrofe para la civilización, escribió:

Sabía Tucídides en el exilio todo lo que un discurso puede decir sobre la democracia y lo que hacen los dictadores, la vieja basura que pregongan ante una apática tumba; analizado todo en su libro, la Ilustración expulsada, el dolor acostumbrado, la pena y el desgobierno: debemos padecerlos otra vez.

¿“La Ilustración expulsada”? Recordé este verso tan fuerte y amargo al ver las reseñas hostiles y maliciosas que persiguen el éxito del *bestseller* de Ayaan Hirsi Ali *Mi vida, mi libertad*, en el que narra la huída de una joven somalí del

yugo sexual hacia una nueva vida en Holanda, y después (tras el asesinato de su amigo Theo van Gogh) a un nuevo exilio en los Estados Unidos. Dos de nuestros más importantes comentaristas intelectuales, Timothy Garton Ash (en el *New York Review of Books*) e Ian Buruma, tildaron a Hirsi Ali, o a los que la defienden, de “fundamentalistas ilustrados”. En el *New York Times Book Review*, Buruma tomó en préstamo otro término del lenguaje de la tiranía y la intolerancia y definió el punto de vista de Hirsi Ali como “absolutista”.

Ahora bien, conozco a Garton Ash y a Buruma, y recuerdo cómo se reían, en los viejos tiempos de la Guerra Fría, de quienes proponían una espuria “equivalencia moral” entre los lados soviético y estadounidense. Buena parte de su crítica tenía que ver con el lenguaje. Buruma se mostraba sumamente cástico contra los izquierdistas alemanes que hablaban del “terrorismo consumista” de la República Federal. Cada cual puede aportar su ejemplo favorito aquí; los más atroces fueron (y, pensándolo bien, siguen siéndolo) los que inspeccionaban el sistema carcelario estadounidense y lo comparaban con el Gulag.

En su libro, Ayaan Hirsi Ali dice lo siguiente: “Abandoné el mundo de la fe, de la ablación genital y el matrimonio forzado por el mundo de la razón y la emancipación sexual. Después de hacer este viaje, sé que uno de estos mundos sencillamente es mejor que el otro. No

por sus llamativos artilugios, sino por sus valores fundamentales”. Ésta es una cita muy representativa. La autora critica algunas cosas de Occidente, pero lo prefiere a una sociedad donde las mujeres están sometidas, donde la censura es omnipresente y se predica oficialmente la violencia contra los infieles. Como víctima y fugitiva africana de este sistema, considera haber adquirido el derecho de decirlo. ¿Qué tiene eso de “fundamentalista”?

La edición del 26 de febrero del *Newsweek* retoma el asunto donde lo dejaron Garton Ash y Buruma y dice, en un artículo de Lorraine Ali, que “es una ironía que esta presunta ‘infiel’ a menudo parezca tan testaruda y reaccionaria como los fanáticos a los que se ha opuesto con tanta dureza”. Desafío a esta autora a que dé su definición de ironía y presente una sola afirmación de Hirsi Ali que se aproxime ligeramente a lo que ella afirma. Junto a este artículo aparece la típica sección de preguntas y respuestas del *Newsweek*, titulada, de un modo casi inconcebible, “Vida de una bombardera”. El objeto de este ridículo título es una mujer que ha sufrido desde niña la amenaza de una violencia terrorífica de manos de musulmanes que oscilan entre la moderación y el extremismo. Recientemente tuvo que ver cómo un amigo suyo holandés era asesinado en la calle, cómo le decían que ella sería la siguiente, y ahora tiene que vivir con guardaespaldas en Washington. Ella nunca ha ejercido ni

recomendado la violencia. Sin embargo ¿a quién llama “bombardera” el *Newsweek*? Estas equivalencias falaces siempre son iguales: empiezan fingiendo con arrogancia que no ven ninguna diferencia entre el agresor y la víctima y acaban afirmando que la víctima de la violencia es quien “en realidad” la está provocando.

En otros tiempos, Garton Ash y Buruma habrían acabado en un abrir y cerrar de ojos con cualquiera que acusara a los críticos de la URSS o la República Popular de China de “calentar la Guerra Fría” si hacían referencia a los derechos humanos. ¿Por qué, entonces, hacen una excepción con el islam, que es simultáneamente la ideología de la violencia insurgente y de determinadas dictaduras inflexibles? ¿Será porque el islam es una “fe”? ¿O será porque es la religión –en Europa por lo menos– de algunas minorías étnicas? En ninguno de estos casos se justificaría una protección especial contra la crítica. La fe reclama para sí cosas enormes, reclama incluso el poder temporal sobre el ciudadano, y por lo tanto no puede quedar exenta de escrutinio. Y en el seno de estas “minorías” existen otras minorías que quieren escapar del control de los

líderes de sus guetos. (Esta fue también la posición de los judíos holandeses de la época de Spinoza.) Se trata de un problema complejo, cuyo tratamiento requerirá mucho ingenio. La patética simplificación que califica al escepticismo, el agnosticismo y el ateísmo de igualmente “fundamentalistas” no sirve en este caso. Y vean lo que sucede cuando el *Newsweek* toma la palabra: el enemigo del fundamentalismo es definido como alguien que está en los márgenes, mientras que antes de que uno pueda advertir el truco, el musulmán afligido y quejumbroso se ha convertido en el ocupante indiscutible del centro.

He aquí otro ejemplo de deslizamiento lingüístico. En los círculos de la Unión Americana de Libertades Civiles, a menudo nos referimos a nosotros mismos como “absolutistas de la Primera Enmienda”. Esto significa, paradójicamente, que preferimos interpretar las palabras de los Fundadores, por así decirlo, literalmente. El significado literal, nos parece, es que el Congreso no puede prohibir ninguna opinión ni establecer una religión de Estado. Es decir, defendemos la expresión de todas las opiniones, incluidas las que nos repugnan, y rechazamos la obligación de practicar o abjurar de una religión. Podría decir que para mí se trata de un principio inflexible, incluso de un dogma. Pero, ¿quién puede decir que esto es lo mismo que la creencia de que deben censurarse las críticas a la religión o la creencia de que debe imponerse la fe? Coquetear con esta equivalencia es rendirse a los demagogos y escuchar, por debajo de sus gritos de victoria, el apenado lamento de la traición de los clérigos y la “Ilustración expulsada”. Tal vez, sin embargo, si yo dijera que mis principios son materia de revelación divina inalterable y que estoy dispuesto a utilizar la violencia para hacer que se “respeten”, sería más aceptado entre algunos de nuestros intelectuales. —

— CHRISTOPHER HITCHENS
Traducción de Rosamaria Núñez
© Slate



Christopher Hitchens, o el factor Hitch.

GEOPOLÍTICA LA PUERTA DE BELÉN

El camino que lleva a Belén baja por varios valles, sin rastro de nieve, y atraviesa un par de túneles cuando se viaja desde Jerusalén. Son sólo ocho kilómetros, pero aun así cabe hablar de viaje, casi de expedición. No todos los taxis aceptan el recorrido, hay que atravesar varios puntos de control en la carretera (incluso en la privilegiada para uso israelí que se toma a la ida), y es una visita que los israelíes no pueden hacer, siguiendo instrucciones de su gobierno. Claro que, desde hace seis años, tampoco los habitantes de Belén pueden ir a Jerusalén.

Tras los valles y los túneles empiezan las cuestas bordeadas de casas y pequeños comercios que llevan hasta la plaza del Pesebre, una amplia explanada rectangular donde unos cuantos chavales juegan al fútbol contra la tapia del imponente y semivacío centro de turismo, construido con dinero europeo –según anuncia una orgullosa placa. A un lado, emparedada entre el monasterio ortodoxo y el católico, la basílica de la Natividad. No es la iglesia más imponente del mundo, ni la más bella, ni la más venerada, pero sí la única imprescindible: conmemora el nacimiento de Jesús, es decir que si no existiera, no existiría ninguna otra.

Amables guías con su credencial palestina al cuello se ofrecen a mostrar la iglesia por un precio misérísmo, pero sin insistir demasiado, y un agente toma nota de la nacionalidad de los visitantes, “para las estadísticas”, sonríe. Una puerta baja da acceso al interior de la basílica, mandada construir en el siglo IV por Santa Helena, madre de Constantino (y patrona de los arqueólogos, los conversos, los divorciados, los matrimonios difíciles y las emperatrices, nunca está de más saberlo). Desde que en 326 comenzara su construcción, ha sufrido la revuelta de los samaritanos, la reconstrucción de Justiniano (que es la basílica actual), daños y retoques en las cruzadas y así hasta la fecha. Pese a



Vista de Belén.

tan ajetreada historia, aún perviven rasgos de los mosaicos bizantinos, varias columnas con remates y pinturas de la época de las cruzadas y más allá de su significación religiosa, es una bonita basílica. Sin embargo, lo que más llama la atención es lo descuidada que está, la oscuridad que reina, los desconchones en las paredes, el monje armenio con hábito medieval que mira distraído e incongruente su teléfono móvil. Al bajar las escaleras que llevan a la gruta, esa impresión se agudiza. Las paredes de la nave inferior están ennegrecidas, una estrella de plata de catorce puntos marca el sitio donde la Virgen María dio a luz y un altarcito enfrente protege el pesebre. Claramente, no está pensado para un visitante que busque belleza, lo que cuenta aquí es el significado, no el significante.

De la basílica se puede acceder a la pequeña iglesia franciscana y al precioso claustro del convento, que data de las cruzadas. Pero hay poco más en Belén. Un gran hotel que se abrió para acoger a las riadas de peregrinos (ricos) que el proceso de paz iba a traer, y que se marchita lentamente al ritmo del conflicto. Frente a la basílica de la Natividad, al otro lado de la plaza, se alza una mezquita, y dos callejas comerciales trepan por la colina siguiente. Suciedad, pobreza, tienduchas que intentan atraer a los escasos turistas con el perenne eslogan de “es usted el primer cliente

que entra hoy”, que aquí suena a cierto. Y las paredes recubiertas por carteles que muestran a jóvenes sonrientes, como si fuera propaganda electoral. Pero cada uno enarbola una ametralladora, y sin poder descifrar lo que pone, la escalofriante conclusión es que son un último homenaje a los “mártires”, los terroristas suicidas.

El taxi de vuelta, palestino, sólo puede llegar hasta el punto de control más cercano, la puerta de Belén. Sólo entonces, al pie

del muro, se da uno cuenta de lo que es. Nueve metros de hormigón, coronados de alambre de espino. Para atravesarlo, pasillos infinitos que hay que cruzar en fila de a uno, observados por cámaras que no se ven, y guiados por megafonía. Las palabras del taxista, en una risueña mezcla de inglés e italiano, adquieren más peso con cada verja que se cruza. “Vivimos en una cárcel, es grande, pero es una cárcel. No tenemos trabajo ni dinero, ni podemos salir a buscarlo. Así es imposible vivir.” Y luego la simpatía con que anima a otra visita. “Hay mucho que visitar en Belén, se pueden ver muchas cosas.” Y la sonrisa que se hiela al escuchar los atractivos turísticos de un pueblo desesperado: “Aquí tienen mi número, me llaman para avisar y yo les preparo la visita. Hay que ir a los campamentos de refugiados, para que los vean. Y, por supuesto, a ver a las familias de los mártires.” Ocupación y muro frente a atentados suicidas. El cerebro se bloquea porque con los horrores, como con el infinito, no se puede operar directamente. Mientras la soldado israelí quinceañera mira y remira un DNI español y se inicia una tensa espera hasta que aparezca un superior y decida si eso sirve en vez de un pasaporte, las terribles dimensiones de un conflicto tan incomprensible como irresoluble se empiezan a manifestar con considerable nitidez. —

— MIGUEL AGUILAR

VIAJES

EL PUEBLO LIBRO DE RICHARD BOOTH

Un hombre que me recibe en el restaurante del mejor hotel de Hay-on-Wye luce una barba canosa de varios días, tiene el párpado del ojo izquierdo caído, dormido por dos puntadas —una operación reciente—, viste un desaliñado jersey azul visiblemente agujerado por el hombro —¿la polilla?— y come de forma tan apresurada que temo que del plato a la boca se le vaya a caer el bocado. Sinceramente, no parece rey —tampoco es que yo conozca muchos; más bien ninguno. Habla con una voz gruesa que eleva para llamar la atención, se ríe de sus propias ocurrencias, y observa de manera desconfiada. Aparenta ser el típico hombre capaz de tomarse la libertad de darle una nalgada a la camarera, aunque sólo bromea con ella y la llama por su nombre de pila. Ella asiente a lo que diga el cliente. Todos saben en este lugar quién es él. El hombre hace una pausa, y antes de llevarse otro bocado de su pie de carne con puré de patatas, declara: “Soy el último trotskista del Reino Unido. ¿Quiere comer?” Son sólo las doce del día. Le acepto un café.

El hombre se llama Richard Booth, tiene 68 años, y es el Rey de este pequeño pueblo que bordea a Inglaterra, pero que pertenece a Gales, aunque Booth lo declaró independiente en abril de 1977, justo cuando se autoproclamó Rey de Hay y nombró a su caballo, un puro sangre blanco, Primer Ministro. Era una ocurrencia, pero las autoridades británicas picaron el anzuelo: se apresuraron a declarar que Hay-on-Wye pertenecía al Reino Unido. Los medios hicieron el resto. Hay-on-Wye iba a tener publicidad gratuita por varios años, si no es que para siempre. En cualquier caso, no era la primera vez. Algo más noble ya lo había dado a conocer al mundo con el sobrenombre de *Town of books*.

La caricatura en la que se ha convertido el Rey Booth es injusta consigo mismo: naturalmente es un hombre

estafalario, extravagante, pero este pueblo, inmerso en una cuenca de valles que pertenecen al Parque Nacional de Brecon Beacons, le debe a él, y a nadie más, su fama internacional por tener el mayor mercado concentrado de libros de segunda mano en el mundo –más de un millón de libros que han pasado por lo menos una vez por otras manos– con un flujo de 500.000 turistas al año, mérito por el que en 2004 se le concedió a este licenciado en Historia por la Universidad de Oxford el premio MBE por el servicio al turismo.

Desde hace dieciocho años, Hay-on-Wye también alberga dos festivales literarios al año –uno en verano y otro en invierno– de los que el monarca reniega: “Se trata de festivales de libros nuevos, no de segunda mano, y el auge de este pueblo, de su economía, se debe a los libros de segunda mano, no a los libros que la BBC o *The Guardian* quieren patrocinar: eso no pertenece a Hay; es un evento puramente comercial”, dice el Rey. “No pertenece a Hay”, pero pertenece: cada verano son invitadas personalidades de la talla de Bill Clinton para dar el pistolazo de salida a los diez días que dura el festival de este “Woodstock de la mente”, como el propio ex presidente estadounidense calificó entusiasmado al pueblecito de 1.846 habitantes. Aunque en algo

lleva razón el Rey Booth: la historia que hizo célebre al pueblo se remonta a muchos años atrás, no a lo que Clinton, Paul McCartney, Van Morrison o Ian McEwan –otros pregoneros del festival– hayan dicho sobre él.

A comienzos de la década de los sesenta, cuando Hay-on-Wye y las zonas rurales circundantes sufrían una depresión económica que había paralizado al pueblo, y obligado a emigrar a las familias, el entonces adinerado Richard Booth concibió una idea tan excéntrica como él: hacer de Hay-on-Wye un pueblo libro, el mayor mercado del mundo de libros de segunda mano. “Compras libros de todo el mundo, entonces tienes compradores de todo el mundo”, dice como una lección aprendida que difunde en letra impresa: Booth tiene su propia autobiografía, editada por él mismo.

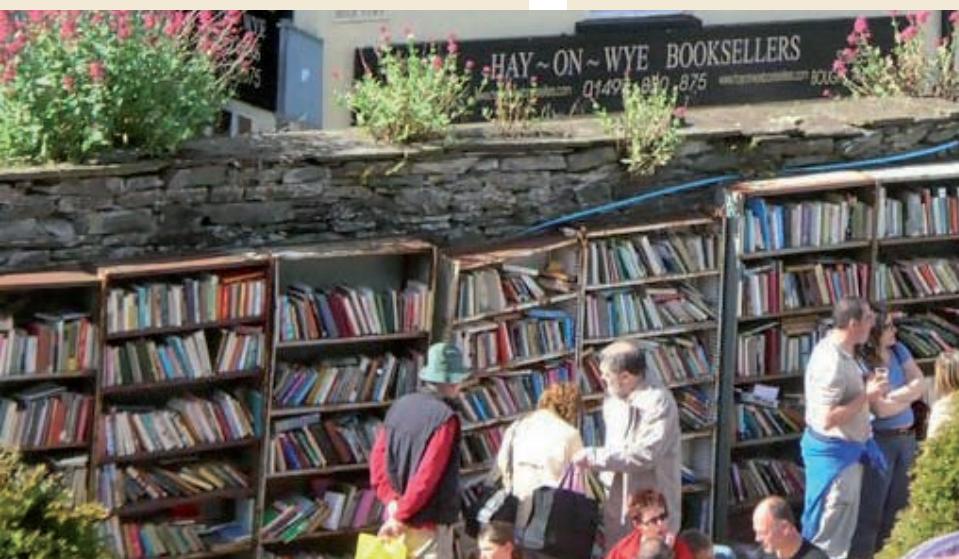
El entonces futuro Rey compró un castillo en ruinas, compró casas a la deriva, las reformó, viajó por el mundo y compró libros de todo tipo, llenó las casas y llenó el castillo con los libros, y convirtió al pueblo, como en una historia romántica del medievo, en la atracción internacional que había concebido: admirablemente, funcionó. Luego vino lo del festival anual del que tanto se queja el Rey. “A diferencia de los libros nuevos, los libros de segunda

mano pertenecen al mundo del intelecto, no requieren promoción, son una economía en sí, y además, su venta hace un favor a la ecología”, dice Booth entre bocado y bocado.

Actualmente, Hay-on-Wye cuenta con 33 casas-librería de segunda mano en activo, muchas de las cuales pertenecieron al Rey, quien las fue vendiendo poco a poco hasta quedarse sólo con dos; una de ellas, ubicada en el número 44 de la calle Lion, se anuncia como la librería de segunda mano más grande de Europa; su acervo: 300.000 títulos. Es como si uno estuviera en una biblioteca en venta. Pero las hay de todo tipo, especializadas en libros para niños, libros ilustrados, jardinería, primeras ediciones de clásicos, poesía, libros antiguos, mapas, turismo y, desde luego, literatura: todo Shakespeare, todo Wilde... toda una experiencia que trasciende al propio concepto del libro. Un paraíso, sin duda, para bibliófilos y amantes de lo inencontrable, pero también un sitio que invita a la contemplación de estanterías en medio de un Parque Natural, literalmente. Un pueblo libro.

Me despido de Booth e ingenuamente le preguntó si él vive allí, quiero decir, si vive en Hay-on-Wye, quizás porque había leído que tenía intenciones de mudarse a Alemania. Me mira como si no hubiese entendido nada de lo que me ha contado. Endurece el rostro y declara: “I am the King.”, como si dijera: “¡Este es mi pueblo!”, “!Lo concebí yo!”—

— JUAN MANUEL VILLALOBOS



Hay-on-Wye, un pueblo hecho de libros.

DIARIO INFINITESIMAL LA BOMBA

Arenas de Iwo Jima fue una película de guerra, se entiende, con John Wayne, que vi de niño. Recuerdo que me encantó. Y nada más. Cosa rara que sólo recuerdes el placer, sin nitidez, sin poder decir en qué consistió. Con obras como *Dios es mi copiloto* (¿era con Denis Morgan?), *Los Tigres Voladores, Aventuras en Birmania*

o *Volveremos* ("We shall return", célebre promesa elevada por Douglas MacArthur cuando hubo de emprender la retirada, en la primera fase de la Guerra del Pacífico), era parte del intento de Hollywood por cooperar con su país en el esfuerzo nacional de la contienda. Ahora el talentoso Clint Eastwood ha vuelto a poner en circulación la pequeña isla volcánica o, más bien, el inofensivo islote con forma de chuleta de puerco.

No quiero hablar de la película, sino un poco de la batalla misma. Quiero señalar, porque no suele estimarse así, que el combate fue decisivo para la controvertida decisión de arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima.

Iwo Jima está pegada a la isla donde está Tokio. Ocupar la isla era necesario para instalar ahí una base que permitiera iniciar la última y más temida fase de la guerra, la ocupación militar de Japón. Usé la palabra "temida" porque se esperaba hallar enconada resistencia en tierra firme de parte de los samuráiescos soldados nipones que juzgan ultrajante rendirse al enemigo. Dada esta importancia, la defensa del islote es encomendada al más picudo de los generales japoneses, el teniente general Kuribayashi Todamichi, quien trazó una brillante estrategia basada en un hormiguero de túneles cavados en toda la isla, en especial en el volcán extinguido, el Suribachi, que preside el paisaje del lugar. La estrategia funcionó de maravilla; los americanos sufrieron de lo lindo y sólo pudieron imponerse, como de costumbre, por su aplastante superioridad material, en soldados, armamentos, provisiones y demás.

En Okinawa, posición gemela a Iwo Jima, la resistencia, inteligente y a la vez encarnizada, dirigida por el teniente general Ushijima Mitsuro, resultó en la muerte de 12.000 americanos, 36.000 heridos, 34 barcos hundidos, 368 averiados. Por su parte, unos 100.000 japoneses perdieron la vida en la obstinadísima defensa.

Esta combinación de espíritu ilimitadamente aguerrido con habilidad imprevisible colmada de astucia puso a

pensar a los americanos. Se pronosticaba un número enorme de bajas americanas (y, desde luego, otro más grande aún de víctimas japonesas, pero éas, aceptemoslo, no eran tan relevantes) al iniciar la ocupación de la tierra firme porque, si ésta había sido la resistencia hallada en los islotes, cuál no sería la que se levantaría al tratar de ocupar, por ejemplo, Tokio. Entonces vino a la mente un arma nueva, una extraña y poténtissima bomba que, según se decía, estaba fabricándose bajo extremo secreto en Los Álamos, Nuevo México. Y el alto mando militar pidió al presidente, ya para ese momento Harry S. Truman, que salvara la vida de miles de muchachos americanos y evitara la masacre de japoneses detonando la bomba atómica sobre alguna ciudad abierta. Truman ponderó la cuestión, hizo números y entendió que, paradójicamente, el uso de la bomba ahorraría sufrimientos y salvaría vidas.

Los científicos que habían fabricado la bomba se oponían a que se dejara caer, y menos, sobre un objetivo civil, no militar, es decir, una ciudad abierta. Los científicos creían que bastaría con hacer comparecer a un grupo de militares y civiles japoneses en un islote deshabitado donde dejarían caer la bomba, cuya sola detonación generaba un espectáculo capaz de persuadir a cualquiera. En el ejército se asentó que los ilustres científicos no tenían idea de la ínole furibunda y fanática del Bu-shido nipón que preside la mentalidad de los samuráis que se pretendía "hacer comparecer" en ese espectáculo. Y el presidente Truman pasó a la historia y a la discusión perpetua al detonar la bomba sobre una ciudad abierta, Hiroshima, con gran mortandad de civiles.

Así por ejemplo, en *El complot mongol*, la clásica novela de Rafael Bernal, un abogado borrachín, amigo confiánzido, se atreve a esperar al gran Filiberto García: "De asesino a asesino, ¿qué opina usted de Harry Truman?"

Estados Unidos, ya lo dijó Baudelaire a propósito de Edgar Allan Poe, es duro e ingrato con sus talentos, y lo fue con el gran Robert Oppenheimer, el impresionante físico que encabezó el reparto

internacional y multiestelar de científicos que logró realizar los trabajos que condujeron a la exitosa fabricación de la bomba. El equipo alemán paralelo, dirigido por Heisenberg, el del famoso Principio de Indeterminación de la física cuántica, como se sabe, fracasó en el intento. Fue una especie de carrera entre los dos grupos. De hecho, Einstein aceptó redactar la carta que fue enviada al presidente Roosevelt acerca de la necesidad de fabricar la bomba porque Leo Szilard lo convenció de que ya los científicos de Hitler estaban activísimos tras la bomba atómica.

Digo que el país le pagó mal porque, en los cincuenta, el anticomunismo paranoide de McCarthy persiguió a Oppenheimer; en 1953 fue sometido a una variante de infames audiencias macartistas y se le suspendió la *clearance*. Es decir, se lo encontraba no confiable, sospechoso. El hombre que había logrado hacer la bomba atómica era ahora no confiable, sospechoso, y no podía, en consecuencia, por ejemplo, trabajar en la Atomic Energy Comission (la AEC). La decisión, que hacía de él una especie de leproso, lastimó hondamente al gran físico (entre cuyos logros de investigación se cuenta ser el descubridor, el primero que habló de esos extraños objetos celestes que luego serían llamados hoyos negros).

La dramática vida de Robert Oppenheimer es fascinante. Hay tres biografías relativamente recientes del organizador del proyecto Manhattan. Una, pequeña, del celebre Jeremy Bernstein, refinado escritor del *New Yorker*, otra del notable físico, colega de Oppenheimer en el Instituto de Altos Estudios de Princeton, Abraham Pais, y finalmente, *American Prometheus, Triumph and Tragedy of Robert Oppenheimer*, el triunfo de Prometeo es la hazaña de Los Álamos, la tragedia, el castigo atado a la roca, la paranoia macartista (aunque eso de llamar "hazaña" a hacer una bomba es cosa, *prima facie*, inconveniente y grotesca), de Kai Bird y Martin J. Sherwin. —

— HUGO HIRIART



Dante Alighieri

BIOGRAFÍAS

BEATRICE EN EL CIELO CON DIAMANTES

Shakespeare fumó marihuana para escribir sus obras, según concluyó un grupo de científicos australianos que en el 2001 halló restos de la "hierba notable" en las pipas del bardo. William Burroughs, quien de niño dijo "cuando sea grande fumaré opio", escribió una de las obras más estremecedoras de la doblemente estremecedora *Beat Generation*. Sabemos que Isadora Duncan o Antonin Artaud o Jimi Hendrix se pusieron hasta las cejas con heroína o absenta o cocaína o cualquier sustancia que los arrancara de su lugar para llevarlos a otro, quizás menos hostil. El cineasta brasíliero Glauber Rocha no ponía un pie fuera de casa sin su koala repleto de cannabis y *rolling papers*. La lista es larga y va desde los dioses griegos que consumían ambrosía en los divanes del Olimpo hasta el pedestre Bill Clinton, que confesó haberse "colocado" en sus días de estudiante universitario. Ahora, casi setecientos años después de muerto, le tocó el turno nada más y nada menos que a Dante Alighieri y su *Divina comedia*.

La noticia está en *Dante: The Poet, The Political Thinker, The Man*, última entrega de la nonagenaria Barbara Reynolds,

destacada estudiosa del poeta florentino y autora de la mejor traducción al inglés de la *Comedia*. Dante —según Reynolds— fumó marihuana y tomó mescalina para inspirarse, y habría escrito su obra bajo efectos psicoactivos. Para decir esto se fundamenta en el "Canto I" del Paraíso, donde el poeta se compara con Glauco:

Por dentro me volví, al mirarla, como
Glauco al probar la hierba que
consorte
en el mar de los otros dioses le
hizo.

Glauco, un humilde pescador, se transformó en divinidad marina (le creció una enorme cola de pez) luego de ingerir ciertas "plantas mágicas". Para Reynolds, el poeta acude al relato mitológico para confesar la fuente narcótica de sus invenciones. En ese pasaje Dante ve a Beatrice metida dentro del disco solar como si fuera un espíritu cósmico. A pesar de la intensa luz, el poeta no aparta la mirada de su amada, quien le habla desde las alturas. La imaginación de Dante es tan poderosa como increíble, parece decirnos Reynolds, quien sugiere que toda la estructura del Paraíso fue escrita bajo un lente psicodélico.

La reacción no se hizo esperar. El *Times Literary Supplement* le dedicó su portada: "Dante Drogato", y los dantistas italianos pusieron el grito al cielo y rechazaron la figura de su héroe infamado, como en otra época la Asociación Bolivariana del Ecuador rechazó la imagen de un Bolívar gay o de una Manuelita Sáenz multiorgánica. A sus 94 años de edad Barbara Reynolds no imaginó que los pocos renglones que dedicó a este asunto desatarían una tormenta y herirían la sensibilidad de muchos. Y es que cada tanto recibimos estas noticias que desatan la ira de los ortodoxos y enorgullecen a los idólatras de Kurt Cobain. Hasta se ha escuchado decir que el mismísimo Abraham Lincoln, adalid de la democracia y los derechos civiles, fue marihuанero.

Estremece pensar que buena parte de nuestros hitos culturales hayan salido de la cabeza de hombres drogados o borrachos. Que el psicoanálisis haya esnifado cocaína, que el surrealismo haya mascado peyote, y que el rock esté en manos de dañados melenudos (sólo por tomar en cuenta tres de los movimientos más significativos de nuestra época apocalíptica) es prueba de que el mundo en que vivimos se parece más a una película de Cheech & Chong que a lo titulares de la BBC de Londres.

Pero no todo es tan terrible. Si pensamos en las cincuenta tazas de café que Balzac se bebía al día para escribir su mamotétrica obra, podemos alegrarnos de que hoy los inofensivos fumones prefieran ensayar el cuento breve, la novela corta o el haikú, por aquello de la concentración de las emociones, y sobre todo por respeto al público. Y es que si algo benéfico tienen ciertas sustancias recreativas es que reducen la megalomanía del hombre y la llevan a la humilde escala del granito de arena.

Por lo tanto importa poco si *La tierra baldía* la escribió Eliot bajo el efecto del té Lipton o por la influencia narcótica de Ezra Pound, como tampoco afecta si Dante o Shakespeare abusaron del porro o de la pipa. El biografismo es una dulce tentación que suele convertir los asuntos personales en dramáticas epopeyas y, de ser posible, en fetiches. Así la vida cotidiana pasa a ser un eventual guión en busca de producción, y las excentricidades (que todos tenemos y alimentamos en secreto) se venden en las portadas de las revistas.

Glauco se convirtió en Dios al probar las plantas mágicas, pero a cambio adquirió el horrible aspecto de un monstruo marino. "Miserable milagro", diría el experimentado Henri Michaux, esto de lograr el cielo a cambio del infierno. Y es que no existe una imaginación todopoderosa, como no existe en el mundo casi nada todopoderoso. La literatura y el arte tienen la virtud de construir artificios, y nada menos todopoderoso (y fascinante) que un artificio. —

— GUSTAVO VALLE



BARRIOS COLOR LOCAL

Yo lleva butifala catalana
Churisa lan uimeña
Potaje lan gallego
Fabada lan tuliango
Uá, uá, uá...
(De *La nueva lira criolla*,
La Habana, 1907)

Al Barrio Chino de la Habana –situado alrededor de la calle Zanja, que en sus viejos tiempos fue eso: una zanja–, en los años que me gustaba caminarlo, no iba yo en busca de *algo* asiático, sino más bien en búsqueda de un lugar que carecía de identidad; o, más exactamente, un lugar cuya identidad, por extraña, por ligeramente amenazante, conminaba al paseito, a mis no menos deplorables correrías por una Habana que también, por aquellos años –hablo de la década de 1990–, se me volvía ligeramente amenazante. Hoy, remendado el barrio, remedado en *lo que pudo ser*, es un Asia de cartón.

Y dije paseito porque no quiero ofrecer la idea de que yo era un paseante *oflâneur* al estilo Baudelaire, ni siquiera al estilo de los paseos esquizo-románticos de un Robert Walser, ni mucho menos de los paseos de tritón trotón, del inmenso –en obra y gordura– poeta cubano José Lezama Lima, vasco con ojitos de chino acriollado, acrisolado. (Aún queda gente que se pasea, en la Habana, por la Habana, como si la Habana fuera una Ruina gratificante, una Ruina Elegante; de Baudelaire, les queda la cáscara, o la cascarilla [cascarilla: polvo blanco de la cáscara del huevo que se utilizaba para talco y afeites y luego para “limpiezas y resguardos y otros oscuros menesteres”]. Porque Baudelaire era lo suficientemente moderno –así son los románticos de pura cepa– para querer ver lo antiguo-y-nuevo de un único y súbito *coup d'oeil*. Mirón trocado en visionario.)

En realidad, yo no sirvo para pasear. O avanzo muy rápido dando zancadas y zancadillas de desconcierto, o muy

lento haciendo “cruzas” de rostros y animales (en Barcelona la gente suele pasearse con perros, incluso he visto a uno que otro gato halado, alado por correa) y pedazos de fachadas, recortado, todo esto, contra un cielito lindo mediterráneo.

Así, caminoteando, en 1997, fue que vi, apenas a un mes de mi llegada, a mi primer chino barcelonés. Yo iba por Joaquín Costa, y en el cruce con Ferlandina vi a mi chino. Es curioso, porque yo ya había intentando ver chinos en lo que aún, a veces, como en *lapsus linguae* o *lapsus topológico*, o tal vez *tropológico*, se denomina Barrio Chino de Barcelona. Y no había visto *ni uno* de tales chinos, cuando los chinos, los asiáticos, los *otros*, casi por definición, deberían ser legión.

Supongo que para un barcelonés o un payés que jamás hubiera visto en vida a un chino, el ejercicio o experiencia de definirlo –ya no digo describirlo– como chino habría sido, qué duda cabe, extremadamente arduo, complicado, laborioso. A diferencia de un negro (excepto los *indianos*, muchos en Cataluña no sabían qué cosa, *bestia* o *bestiola*, era un negro), de un marroquí, o de un paquistaní (experiencias de conocimiento o reconocimiento que en su momento histórico han sido también laboriosas para un payés o un barcelonés), un chino puede correr la suerte, o desgracia, de no ser reconocido, ni siquiera conocido, a primera vista. Se le con-funde con filipino, o se le hunde en las lindes mogólicas o mongólicas de la estepa rusa, o se trastoca en *homo japonicus* o, como le pasa a un joven y amigo poeta cubano mío –usaba, en los noventa, en la Habana, bigotes torcidos hacia arriba–, se le atribuía –a él, cruce de mulata y cantonés– la etnia chino-malaya, como uno de esos personajes de Salgari que se mal oculta entre las lianas de un árbol de malanga.

Volviendo al chino de marras, debo confesar que me detuve alborozado, por no decir alborotado. No era, exactamente, *mi chino*, como los chinos que yo había visto, conocido o frecuentado en Cuba; aunque tampoco era *tan diferente*



Barrio Chino de Barcelona (Foto de Consuelo Bautista.)

como para excluirlo de *aquello* que yo entendía por *ser o parecer chino*.

No voy a decir que portaba *ojos rasgados* porque sería abundar en detalles probablemente inocuos para definir a un chino que –coloquémonos en su oblicuo punto de vista–, serían detalles anodinos, digamos poco... chinos. ¡Porque, para hablar en plata, y no dar la lata, como quieren los nuevos y viejos confucianos, el *chino de marras* llevaba gafas! ¡Oscuras y relucientes gafas Armani que reflejaron por un instante –¡y sólo por un instante!–, los ojos míos que le miraban!

Y ahora voy a citar de golpe y en seguidilla, cinco preciosos haikús de Antonio Machado (*Proverbios y cantares*), para que no digan que no quiero remachar la idea, harto brumosa, que tengo, o me tiene suspendido, *in mente*:

El ojo que ves no es
ojos porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

Encuentro lo que no busco:
las hojas del toronjil
huelen a limón maduro.

Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo,
y suele ser tu contrario.

En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad.

Busca en tu prójimo espejo;
pero no para afeitarte,
ni para teñirte el pelo.

Por otra parte –y nunca mejor dicho por otra parte– ya algunos alemanes “ilustrados”, como el pícaro Lichtenberg (*Aforismos*), habían oído o leído o visto imágenes-compuestas como las siguientes, que habría suscrito el mismo Voltaire y, por qué no, buena porción de jesuitas misioneros:

En invierno, los chinos se ponen a menudo de trece a catorce prendas de vestir una sobre otra, y, en vez de manguito, llevan en la mano una codorniz viva.

Ya Aristóteles –nuestro primer gran jesuita del pensamiento– había llegado –antes que yo ante mi chino– a una idea brumosa, pero harto cadenciosa como para no ser tomada en cuenta: *nadie sabe qué cosa sea lo que no es*.

Y, sin embargo: ¿a quién que *sea*, o que quiera *ser*, proyecto de hombre u homínido, más o menos *ilustrado*, no le atormentan *ideas malas*, incluso *ideas buenas*, todas en un mismo saco? Imaginación, Espíritu Secular y prosa de la vida, no siempre son buenos compañeros –como el gato y la zorra de Pinocho– pero quizás son, *por ahora*, nuestros mejores compañeros de viaje –si logramos añadir (esfuerzo des-Comunal) la *corazonada* que casi, casi, podemos sentir ante ese otro que es el “otro”: amigo o enemigo.

En *Papá Goriot*, Balzac (adjudicándole a Rousseau una idea de Diderot acerca de la tiránica y trágica relación entre lejanía y sentimientos morales), le hace decir a Rastignac, que le habla a un amigo:

–Me atormentan ideas malas. ¿Has leído a Rousseau?

–Sí.

–¿Recuerdas aquel pasaje en que le

preguntaba al lector qué haría si pudiera enriquecerse matando en China, con su sola voluntad, a un anciano mandarín, sin moverse de París?

–Sí.

–¿Y entonces?

–¡Bah! Yo ya voy por el trigésimo tercero mandarín.

–Coño, no hagas bromas. Veamos, si se te demostrara que el asunto es posible, y que bastara con un gesto de la cabeza, ¿tú lo harías?

–¿Es muy viejo el mandarín? Bah, joven o viejo, paralítico o sano, a fe mía... ¡Caramba! ¡Pues no lo haría!.

–

– ROLANDO SÁNCHEZ MEJÍAS

CINE

UN ACTOR SE PREPARA (PARA DIRIGIR)

Un día, hace exactamente un año y nueve meses, me senté en una butaca de la arena del Mandalay Bay en Las Vegas, Nevada. Estaba a punto de pelear José Luis Castillo, el boxeador sonorense en activo más importante del Consejo Mundial de Boxeo. Nunca había visto una pelea de box en vivo y ahí estaba, a pocos metros de dos hombres que, con el coraje y la inteligencia en los puños, actualizaban el ritual antiguo de la defensa y el ataque.

Desde las gradas, la pelea se vive como una intensa experiencia de la que nadie puede salir indiferente, significa un cúmulo de imágenes que se graban en la mente para siempre, un espectáculo que perturba. En fin, una noche que a mí me rebasó en todos sentidos. Yo no conocía a Castillo y deseaba que su rival terminara lo antes posible en la lona; gritaba y coreaba hasta sus fintas; sufría a niveles que nunca creí posibles de sufrir por un desconocido. No había modo de quitarle los ojos de encima a ese espectáculo casi animal que me atrapó y no me dio tregua.

Había aceptado la invitación a Las Vegas porque me interesaba, quizás por las razones incorrectas, hacerme de los derechos de la vida de Castillo y algún día no muy lejano llegar a producir una película en la que representara a un boxeador mexicano viviendo en la frontera, peleando por un país que de alguna manera lo estaba expulsando; un joven obligado a defender y conseguir con sus puños –“a moquetes” como diría José Agustín– sus necesidades más inmediatas.

Esa noche, sentado a mi lado derecho, estaba un personaje que no me ha dejado en paz desde entonces: el boxeador más importante que ha tenido Sonora –lugar donde nació–, Sinaloa –su tierra adoptiva– y México, que lo cargó en sus hombros por más de once años: el gran Julio Cesar Chávez. Platicamos antes del comienzo de la pelea y luego me condujo por ella a saltos: durante los tres minutos de cada round se metía al cuadrilátero a toda intensidad, aconsejando a gritos a Castillo. Esa noche fui el hombre más afortunado en Nevada.

Fue ahí, entre un round y otro que me dijo: “¿Qué le vas a hacer una película al Castillo? ¿Por qué no me la haces a mí?” Pensé en las posibles respuestas. Había que tener mucho cuidado: ¿cómo se le dice que no a un hombre que con su gancho de izquierda y remate arriba dejó a más de ochenta en la lona? ¿Quién quisiera desairar al campeónísimo, a la figura más importante del deporte nacional? Mi bocota y yo le dijimos que sí, que por supuesto, que sería un honor.

Cuando llegué a mi habitación me di cuenta que Chávez había estado conmigo en momentos muy importantes de mi vida: su nombre estaba en boca de todos cuando Miguel de la Madrid era nuestro presidente, fue la primera buena noticia que me dieron después del temblor de 1985, era el boxeador a vencer por todos los que soñaban con figurar en el boxeo, vivía por decisión propia en este país que estaba a “nada” de ser primer mundo, cuando Salinas, la Quina y el TLC; cuando Marcos apa-



El grande, infinito Julio César Chávez

reció y Colosio sonaba como nuestro presidente, cuando en Lomas Taurinas nos demostraron que hasta lo inimaginable era posible. Sobre todo, cuando yo empezaba a tener una opinión sobre lo que me rodeaba.

Me di cuenta de que tenía algo que contar y una razón para hacer uno de los actos más irresponsables de mi vida: invertir mi tiempo y dinero en dirigir una película, convencer a un mundo de gente de seguirme, asesorrarme y confiar en mí para contar una historia que, en realidad, sólo a mí me interesaba. Algo con lo que quizás ya había fantaseado, pero nunca me había tomado realmente en serio.

La situación era perfecta. La historia estaba ahí, el personaje deseaba hablar y sólo tenía que descubrir una voz que contara la historia desde mi interior, la increíble historia de un personaje infinitamente complejo: su relación con el poder, la fama y los

monstruos que lleva dentro. Su batalla diaria consigo mismo y por qué no, una oportunidad de conocer al campeón de cerquita. Le prometí a Julio César y a mí mismo que podía y me aventuré a hacerlo.

Durante los primeros meses del proyecto, una extraña confianza se apoderó de mí, como si hubiera estado listo desde antes sin haberlo sabido. Empecé entrevistando gente y me daba cuenta de lo interesante que se podía poner, pero también de lo mucho que me costaría: ser actor, por momentos, se convirtió en un estorbo. No me costaba a mí, sino a aquellos con que me relacionaba. ¿Preconcepciones? ¿Prejuicios? Quién sabe: la gente, cuando te ve, se siente con la responsabilidad de decirte algo porque cree que te conoce, les cuesta relajarse y termina estando muy consciente de sí misma. Comprobé que de alguna manera hacer una película documental

donde fuera yo el director resultaba un arma de doble filo: por una parte me abría puertas con personajes difíciles de convencer, pero por la otra los entrevistados creaban un personaje que se enfrentaría conmigo —¡se volvían actores! Pasaba mucho tiempo para conseguir la confianza suficiente para que fueran honestos conmigo, eso que a los actores se nos pide en cuanto entramos al casting.

Por otro lado estaba la complicación de la relación con el equipo de trabajo: estoy seguro de que hasta la fecha se preguntan si de verdad sé lo que estoy haciendo. Me di cuenta de inmediato de que muchas veces el respeto que se guarda por los actores es simplemente una extensión del que el director se forja durante toda la preparación de un rodaje. La realidad en la que vivimos es otra, más cómoda e irreal que la que se vive en un *set*. Para actuar, yo encuentro vital que te solucionen la vida, que te alejen lo más posible de problemas prácticos, como quién va a lavar la ropa o a qué hora es la comida. Un actor es una especie protegida: si está cerca de lo que a la vista parece fuego y al tacto quema, la versión que le darán es que es sólo una prueba de efectos especiales, el caos más estrepitoso se le presenta como pura calma. Nos generan un mundo mágico, nos separan para que nada nos desanime y en cuanto escuchemos la palabra “acción” nuestra cabeza y energía estén solo al servicio de la historia. Por la cabeza del director —o por lo menos en la mía mientras lo fui— pasa de todo: hay que tomar decisiones a una velocidad estúpida, una tras otra, hay que decir con muchísima seguridad: “Es por aquí” y el ímpetu de la respuesta de los colegas depende de la sensación de certeza que puedes producir. Y nada se compara con el momento en que se aclaran las cosas; el día en que todo se vuelve sencillo y que la voz fluye de una manera natural, cuando las decisiones que tomas traen alivio. No hay nada mejor que sentir que la historia, finalmente, se aclara.

— DIEGO LUNA